

Escriben Arturo MEDINA
y Jaime GARCIA PADRINO

LA HABITUACION LECTORA (2)

No por obvio hemos de silenciar el hecho de que la literatura infantil es inoperante si el niño no lee. Pero no sólo que lea, sino que lea con asiduidad y bien. De aquí la ineludible obligación de que educadores y familiares despierten y potencien los hábitos lectores de los pequeños, cuyas edades, coincidentes con las etapas de la escolarización básica, abrazan precisamente los periodos de mayor receptividad.

El Ministerio de Cultura ha publicado «Los hábitos culturales de la población infantil», investigación diseñada y dirigida por la Secretaria General Técnica y la anterior Dirección General del Libro y Bibliotecas. Publicación que juzgamos de enorme interés por las ponderaciones que pueden efectuarse con los datos indicativos que proporciona. Y así, en lo concerniente a la habituación lectora, son angustiosamente reveladores. Nada menos que casi la cuarta parte de los niños españoles comprendidos entre los seis y los trece años no tienen más libros que los de texto, y sólo un 16 por 100 del mismo colectivo supera los 20 libros poseídos. Pero es que el panorama es todavía más desolador si centramos la atención en el índice de frecuencia lectora. Comprobamos entonces, aparte de los libros correspondientes a las disciplinas escolares o los de consulta, que un 41 por 100 de esta masa infantil verdaderamente no lee nunca, y únicamente un 11 por 100 la realiza diariamente.

Resaltemos también de la encuesta los medios de que dispone el niño para acceder a la lectura, puesto que de la frecuentación de alguno de ellos va a depender en gran medida su comportamiento futuro. Tales son, en este aspecto, la

posibilidad o no de obtener libros en el mercado y la de acudir o no a las bibliotecas. Las cifras son igualmente ilustrativas. Los libros adquiridos por compra directa representan un 44,4 por 100, mientras que los leídos a través de bibliotecas apenas arañan un raquítico 9,4 por 100, si bien es verdad que esta inasistencia habría que achacarla a que en la mayoría de los colegios, la biblioteca no existe o es, sin más, un almacén de libros amontonados y que las bibliotecas públicas para la infancia son prácticamente inexistentes. La restante distribución porcentual responde a intercambios (2,2 por 100), préstamos de amigos (9,4 por 100) y aprovechamiento de los libros que se hallan en casa (25,9 por 100). Conclusión: lecturas indiscriminadas, y en consecuencia, escasa o nulamente eficaces y presumiblemente distorsionadoras.

En resumen, y a la luz de esta investigación y otras similares, tenemos que reconocer que la lectura, tanto cuantitativa como cualitativamente, es deficitaria en la población infantil española —ya sabemos cuál es la deprimente situación de la adulta—. Se impone, por tanto, practicar por los estratos pertinentes de la Administración y de la sociedad la adecuada política educativa de estímulos y orientación lectoras que exigen nuestros niños.

LECTURAS QUE SON...

EVOCACION DE UNA INFANCIA

TRANSCURRIDOS dieciocho años desde su primera publicación por Doncel, en aquella recordada colección de «La ballena alegre», vuelve con nosotros «Landa el valín», de Carlos María Ydígoras (1), gracias a una acertada recuperación de Editorial Noguer, que ha abierto últimamente sus prestigiosas colecciones a los autores españoles.

El año de su primera publicación (1962) es clave en la novela española («Fin de fiesta», de Juan Goytisolo; «Tiempo de silencio», de Martín Santos; «Las ratas», de Delibes, o «Tormenta de verano», de García Hortelano) y un buen momento en la búsqueda de nuevos caminos en la literatura infantil. Citemos en este sentido a los galardonados Aguirre Bellver («El bordón y la estrella», premio CCEI), Angela C. Ionescu («De un país lejano», premio Doncel), etc.

Valgan estas precisiones para situar mejor la obra de Ydígoras; planteada como novela-aprendizaje desde su misma dedicatoria («A los pequeños que se hacen grandes en el trabajo, que se hacen hombres»), su estructura episódica cuenta la peripecia vital de un muchacho por lograr su propia identidad, el afianzamiento de su personalidad a través de la recuperación del cadáver de su padre, perdido en una catástrofe minera. Junto a ello, el viaje clásico en esta estructura novelística se presenta como un ir y venir de su casa a la mina, que servirá además para la superación de las primeras dificultades de esa vida adulta que le es impuesta precozmente.

La exaltación de valores familiares, dentro de una imprecisa ambientación geográfica y temporal, se mezclan con ciertos apuntes de problemática social algo tópicos en sus planteamientos (diferencias sociales, dureza del trabajo, peligro latente). Sus personajes están bien perfilados y prenden en los lectores la evolución del protagonista hacia la adolescencia y la simpatía de algunos secundarios, como Antón.

Narrada en primera persona, reviste el carácter de una evocación nostálgica e idealizada, donde el autor parece verter experiencias vividas. Este punto de vista narrativo se completa con intervenciones del autor, en tercera persona, en las ocasiones donde el protagonista no puede estar presente (muerte del padre, situación de la madre en el «bautismo de mina» para Landa). Con estilo vigoroso y lenguaje rico, se ha cuidado especialmente facilitar, con notas a pie de página, la comprensión de los términos léxicos propios de la minería por parte de los jóvenes lectores.

La presentación es ahora más manejable, con las buenas condiciones ya conocidas de la colección Cuatro Vientos, Juan Manuel Cicuéndez ha proporcionado unas ilustraciones demasiado recargadas en los detalles, que si bien intentan reflejar el dramatismo de ciertas situaciones, recuerdan en exceso su dilatada experiencia en el campo del «comic».

(1) Ydígoras, Carlos María: «Landa el valín», ilustr. de Juan M. Cicuéndez; Editorial Noguer, Barcelona, 1980; 198 págs., rústica; col. Cuatro Vientos, núm. 20; precio, 275 pesetas. Edad de lectura: a partir de doce años.